

TÚ, YO Y EL ALZHEIMER

Alzheimer: dícese de la enfermedad mental progresiva en la que las células nerviosas del cerebro se degeneran y su manifestación más básica es la pérdida de la memoria.

También conocida como “el abuelo tiene demencia y no recuerda dónde dejó el mando de la tele”.

En la cabeza, las piezas que forman los recuerdos del abuelo empezaron a perderse, como las de un puzle que queda incompleto. Como si su cerebro fuera un dibujo hecho a lápiz y frotásemos contra él un pedazo de goma de borrar. Como pierde las hojas un árbol en otoño.



Como vuela un montón de fotografías si se abre la

ventana. Intentar recordar algo, era para él como mirar a través de una ventana que tiene vapor. Cada vez que pensaba en esto, sentía que mi corazón se encogía.

¿Eso quería decir que el abuelo Tomás se iba a olvidar de las largas tardes en el río? ¿De las recogidas de hojas secas? ¿De qué tenemos una partida pendiente de ajedrez? ¿Qué sentido tendría hacer trampas al jugar, si el abuelo no iba recordar cómo hacerlo? Y

lo más importante, ¿se iba a olvidar de mí?

Había contado esto a Carla y Marcos cuando les dije que no podía ir con ellos al cine este sábado. Me preguntaron por qué iba a ir a ver a mi abuelo si no iba a conocerme. Eso creó un gran vacío en mi mente. ¿Realmente no iba a saber quién era yo? Y, ¿eso cambiaba algo? Yo sí que le recordaba, ¿por qué iba a dejar de ir? Pero, si no sabía de mí... ¿me trataría como a un extraño?

Llamo al timbre y espero
impaciente a que la puerta
se abra. Imagino que será
la abuela quien esté detrás
de ella, aunque lo normal

La cara del abuelo hace
que todo se me olvide y me
sorprenda.

- Pero, ¿abuelo?



sea que lo haga el abuelo.
¿Recordará que la casa es
el número diecisiete?
Quizá ni siquiera sabe
cómo cruzar el pasillo y
llegar al recibidor.

El abuelo sonríe y me
revuelve el pelo.

- Hombre, pequeño
duende –dice con
cariño.
- ¿Te acuerdas de mí,
abuelo?

Ríe extrañado sin
comprender.

- ¿Por qué no debería
de hacerlo?

Le pregunto sobre su
Alzheimer y esboza una
sonrisa con tristeza.

Entramos en casa, me
hace sentarme sobre sus
rodillas, la abuela trae unas
pastas y sale del salón
dejándonos solos. Me
explica que no es como un
bebé recién nacido que no
se acuerda de lo que ha
hecho hace cinco minutos

y cómo funciona su
enfermedad.

Me tranquiliza diciéndome
que no va a olvidarme y
bromea fingiendo no
acordarse del nombre de la
prima. Me río, me cuenta
que el doctor le ha
recomendado que apunte
las cosas y llene la casa de
post-it recordativos. Se
hace el indignado con esto
y dice que no es ningún
senil aún. Pero tengo que
levantarme a buscar un
mechero para que se
encienda un puro cuando
no lo encuentra en su

bolsillo y dice no saber dónde está. Leemos nuestro cuento favorito: “Los duendes y el zapatero”, y como siempre, esto hace que relate la historia en la que de bebé me dedicaba a romper zapatillas en lugar de arreglarlas, siendo así un mal duende.

Antes de irme, me pongo el abrigo y saco del bolsillo un sobre amarillo con una carta que le entrego de forma risueña.

- Para que no te olvides de mí—le digo—. He escrito en él quién soy yo y todo lo que hacemos juntos. Léelo todas las mañanas.

El abuelo sonríe emocionado y se enjuaga los ojos con los dedos. Me promete no dejar de leer nunca nuestros recuerdos.

